

Hombre adentro: Jaime Labastida en diálogo con Francisco de Aldana

Luce López-Baralt, Ph. D.
Profesora Distinguida
Universidad de Puerto Rico



Por su densidad metafísica, por la armoniosa cadencia de sus versos libres y por su sorprendente, vigorosa originalidad, Jaime Labastida es un poeta sin parangón en la literatura mexicana contemporánea. Aunque se inició en poesía como miembro de la generación conocida como la *Espiga amotinada*, Labastida, como señala oportunamente Adolfo Castañón (2019a: 7), se desarticuló muy pronto de su archipiélago generacional primigenio para convertirse en un escritor singular, refractario a cualquier clasificación fácil. El despliegue generoso de sus talentos –ensayista, filósofo, editor, periodista, fundador de instituciones académicas– así como su condición de Director de la Academia Mexicana de la Lengua Española (2011-2019) y de Director de Siglo XXI, nos han impedido dar la atención que merece su labor poética sostenida, honrada con importantes premios literarios¹.

Nuestro autor, célebre por su vinculación a la literatura, se formó, sin embargo, en filosofía pura. Perteneció a la primera promoción de estudiantes que obtuvieron la licenciatura en dicha disciplina en la

¹ Entre otros, ha recibido el Premio de poesía Jaime Sabines, el Premio Xavier Villaurrutia, el Premio López Velarde y el Premio Mazatlán de Literatura.

UNAM hacia 1968. No me cabe duda de que su formación en lenguas clásicas y sus dos tesis graduadas sobre Descartes lo entrenaron en el pensar metódico riguroso: de ahí la desnudez cartesiana y la pasión refrenada de sus versos, a la que siempre pone una oportuna sordina. Justamente por su vocación filosófica reflexiva, la poesía del maestro Labastida está aureolada por el aliento de poetas intelectualmente sobrios como Paul Valéry, fray Luis de León y Quevedo. Se me ocurre que las palabras cristalinas que Labastida aplica a Alí Chumacero, «poeta riguroso, limpio, claro», de «turbadora claridad»², podrían aplicarse a su propia poesía. Para mí toda ella destila una luminosa serenidad guilleniana, a despecho de que nuestro poeta, cantor de las negaciones, las dudas y las *nadas*, no se hubiera dejado tentar por la rotunda exaltación vital del *Cántico*.

Como bien ha observado Mariapia Lamberti, que hace un repaso del conjunto de la obra poética, ya tan extensa, de Labastida, estamos ante «un poeta de amplio registro» (Lamberti 2019: 1). En efecto: este poeta poliédrico ha ido evolucionando con los años y se ha ido refractando en distintas direcciones. Ahí están sus denuncias políticas, nacidas al calor de la convulsa década de los sesenta. El protagonista poético nos conmina a compartir de su mano el recuerdo de aquel Apocalipsis que fue Vietnam:

...¿Recuerdas
[...] a la niña desnuda que corría
-¿a dónde, así, quemada, aullante?-
por la carretera? Toda ella
una lágrima. [...] ¿Recuerdas? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas? (pp.
224-225)³

² Véase el hermoso volumen que la Academia Mexicana de la Lengua Española dedica al poeta Alí Chumacero, *Miro nacer la tempestad* (2019). El propio Labastida dedica un ensayo de propósito a su admirado poeta: «Espejo de palabras» (pp. 97-101).

³ A menos que indique lo contrario, cito por la impecable edición antológica de la obra poética de Labastida, *Animal de silencios* (1958-2018), publicada por la Universidad Autónoma de Sinaloa en 2019, indicando la página correspondiente. (En las OBRAS CITADAS, la obra aparece citada bajo la entrada «Jaime Labastida, 2009^a».)

Pero el emisor de los versos sabe dejar de lado su angustia para cantar también al amor. La mujer amada, imposible de encerrar en el «sarcófago sonoro» de sus versos, conjura mágicamente la muerte que sobrevuela sobre su rendido cantor: «La muerte entraba a saco / por mis poros abiertos / y tú la has detenido / con un trino de soles» (p. 211). Por ella precisamente es que el poeta ha «sostenido la duda / amarga de vivir muriendo» (p. 592). Nada humano le ha sido ajeno a la pluma poética de Jaime Labastida: ni la denuncia política, ni la reflexión sobre el lenguaje, ni la pasión amorosa, ni los solsticios y equinoccios, ni los dioses mudos, ni las ciudades exóticas, ni el paisaje pétreo de su tierra mexicana.

El conjunto del *opus* poético variopinto de Labastida presenta, sin embargo, otro reto para el lector. Estamos, como apunta Vicente Quiarte (2019: 199), ante un escritor de «dos alas»: la poesía y la filosofía. Esta condición bifronte ha permitido al maestro mexicano emprender un vuelo artístico de extraordinaria complejidad. Él mismo se refiere a esta doble vocación en los numerosos textos teóricos que ha escrito sobre ambas disciplinas. Vale recordar en este sentido la formidable lección magistral que constituye su «Lección de poesía» (Labastida 2019c: 49-95), que delata una estricta formación filológica clásica, y su libro *Pensamiento en acción. Cómo la filosofía sirve para comprender los grandes temas de la cultura* (Labastida 2019) que atiende problemas como las utopías modernas desde la óptica enterada de un filósofo profesional. Por eso no es de extrañar que en su «Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua Española» de 1998, titulado precisamente «Filosofía y Poesía» (Labastida 2019b) nuestro escritor reflexione sobre ambas disciplinas, prestigiándolas al unísono. Al momento de conceder entrevistas, el académico se reafirma en su condición de Jano bifronte y se presenta escuetamente como «filósofo y poeta». Aunque, eso sí, matiza con prudencia los alcances de su doble condición identitaria a su entrevistadora María Natalia Prunes:

Decir que soy, a un tiempo, “filósofo” y “poeta” es, en realidad, un atrevimiento mayúsculo de parte mía. Ser filósofo, ser poeta, implica una serie de características que no creo poseer. Para mí, ser filósofo significa aportar una serie de ideas propias, un

método, acaso un sistema; en ese sentido, sólo unos cuantos pensadores, en la historia entera de la humanidad, pueden ser reconocidos como auténticos filósofos (los grandes nombres de Heráclito, Sócrates, Platón y Aristóteles, a Descartes, Hobbes, Spinoza, Leibniz, Kant, Hegel o Heidegger). Lo mismo se podría decir en el caso de la poesía; por eso, en ocasiones prefiero decir que sólo “perpetro” versos. No se trata de una falsa modestia, sino de reconocer el lugar que uno ocupa en el concierto general de estas dos actividades esenciales en el uso de la palabra: la filosofía, de carácter riguroso; la poesía, de carácter expresivo y emocional. Además de “poeta” y “filósofo”, uno es, al propio tiempo, muchas otras cosas en la vida: descreo de la existencia del hombre unidimensional. Puedo ser, por ejemplo, promotor cultural, activista político, integrante de alguna academia, director de cierta editorial, hijo, esposo, padre. Pero, ¿qué restará de todas esas dimensiones? No lo sé. Quisiera que de mí perdurara algún verso memorable, alguna idea interesante, alguna acción de relieve (apud Prunes 2019: 173).

Es obvio que Labastida, promotor cultural de prestigio internacional, es y será recordado por más de una «acción de relieve» en el mundo de las letras. Pero eso estaría muy lejos de colmar su sed metafísica, ya que anhela que «algún verso memorable», alguna «idea interesante» lo salven del olvido. Por mi parte, lo doy por sentado. Y añado que el maestro mexicano pasará a la posteridad por haber sabido geminar con una solvencia poco usual la doble polaridad de sus vocaciones, sin permitir que ninguna opaque, desvirtúe, ni se inmiscuya indebidamente en la otra. Por cierto que su caso no es único, pues lo preceden poetas metafísicos como Miguel de Unamuno, Antonio Machado y María Zambrano. Esta última, como recuerda Vicente Quirarte, distingue claramente el alcance de cada una de las dos vocaciones que abrazó de manera simultánea:

María Zambrano, una de las grandes pensadoras de nuestro tiempo, lo dijo muy claramente: “No se encuentra el hombre

entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca requerimiento guiado por un método” (Quirarte 2019: 199).

Jaime Labastida logra geminar la gracia y el método cuando vierte en odres líricos novedosísimos las angustias que lo aquejan como el metafísico auténtico que es. Hijo de la duda metódica cartesiana, se constituye en un «poeta de las interrogantes» por servirme de las acertadas palabras de Mariapia Lamberti (Lamberti 2019: 1). Auténtico enamorado de la inmemorial ausencia de certeza que siempre ha aquejado la humanidad, asume *ab initio* que la filosofía «eleva interrogantes, muchas de las cuales carecen de respuesta» (Prunes 2019: 174). No nos extrañe que el maestro haya hecho suyo el célebre *dictum* de su dilecto René Descartes, tan caro a Heidegger e incluso a Karl Marx: *de omnibus dubitandum*. Todo ha de ponerse en duda. Y, en efecto, todo lo cuestiona nuestro poeta.

Heidegger entendía, y es el propio Labastida quien lo recuerda, que la poesía nace «del azoro, de la necesidad de darle una voz al abismo» (Labastida 2019c: 55). Pues bien, nuestro poeta/filósofo logra ritmar las interrogantes cósmicas de ese *azoro* abismal en versos extensos, encabalgados, sin medida ni rima pero extremadamente cadenciosos. El delicado compás de sístole y diástole que modula sus imágenes dota a los poemas de una musicalidad acompañada que invita a la reflexión. El escritor logra pues que sus preguntas cósmicas consueñen con los versos transparentes que las expresan. La poesía, por su condición polivalente, tan ajena a las verdades que se empeñan en «descubrir» los filósofos, es justamente la que ha permitido a Jaime Labastida convertirse en un gran metafísico. Mejor, en un gran *poeta metafísico*, gracias precisamente a sus *dos alas*. Habré de volver sobre ello.

Pero, por lo pronto, importa que acompañemos de cerca a este interrogador enamorado de la duda en su vertiginoso viaje interior. Habré de circunscribir mi comentario al libro de poesía más reciente

de Jaime Labastida, *Atmósferas, negaciones*, de 2017⁴, porque sintetiza como pocos de sus libros esa feliz conjunción artístico-filosófica. El autor divide en dos segmentos su poemario, y lo preside por una *Advertencia* que no podemos pasar por alto porque, como habremos de ver, resulta decisiva: Francisco de Aldana será su guía tutelar. En un tono desusadamente íntimo, Labastida confiesa que la *Epístola a Benito Arias Montano* «me estremeció hace años. Me estremece de nuevo, ahora» (p. 571). El poeta va pues a establecer un diálogo literario conmovido con el capitán Aldana, hombre de acción como él, poeta polifacético como él –neoplatónico, imperial, pacifista, sensual–pero, también como él, sediento de introspección contemplativa. Tan de cerca sigue el maestro mexicano al poeta español que se habrá de servir de sus propios versos, que destaca en bastardillas a lo largo del poemario. Son tan numerosas las citas que algunos de los poemas de Labastida parecerían escritos a dos manos con Aldana. El experimento no constituye un mero divertimento literario; antes, tiene consecuencias muy significativas, ya que al trenzar sus versos libres con los endecasílabos del Capitán, Labastida los obliga a asumir el mismo tono acompasado y solemne que caracteriza la *Epístola* de su mentor literario. Se hace eco pues de una cadencia rítmica propia de un poeta que, presa del *tedium vitae*, viene de vuelta de todo. Salta a la vista que tanto Labastida como Aldana, hijos de Horacio, anhelan vivir lejos del *mundanal ruido*.

El maestro mexicano nos deja saber que también habrá de dialogar con la *Epístola moral a Fabio*, poema de dudosa atribución autorial que, sin embargo, ha sido atribuido por estudiosos distinguidos a José Fernández de Andrada. José Bergamín publica esta célebre *Epístola* aureosecular junto a la de Aldana bajo el título común de *Hombre adentro*. El aldabonazo de alerta está dado: tenemos que leer las reflexiones poéticas interioristas de Jaime Labastida a la luz de estos dos poemas paradigmáticos, que refractarán sus versos y los harán resplandecer, como tendremos ocasión de comprobar, a una luz distinta.

⁴ El poemario queda incluido en el citado volumen *Animal de silencios*, de 2019 (pp. 567-628), pero vio la luz antes en una edición de la Universidad Autónoma de Sinaloa de 2017. Cito siempre por la edición de 2019.

Importa tener en cuenta que los dos poemas elegidos por el poeta mexicano son «epístolas» –es decir, cartas– a dos destinatarios: en el caso de Aldana, al insigne Benito Arias Montano, teólogo, orientalista y editor de la Biblia Políglota y, en el caso de la *Epístola moral*, a un simbólico «Fabio». Escribir una «carta» es desdoblarse en otro, es comunicar un yo íntimo a un ser afín que nos sirve de espejo. Entre líneas, y acaso sin saberlo, el poeta mexicano convoca al lector a este diálogo cómplice, como si le estuviese escribiendo una «Epístola» en la que le confiesa sus interioridades más profundas. Y, ya se sabe: quien habla con un interlocutor avisado habla consigo mismo.

Pero la cosa no queda ahí. Si bien los tercetos encadenados de la *Epístola moral* denuncian los engaños del mundo y la caducidad del tiempo, proponiendo como solución consoladora la templanza del *aureas mediocritas* o «medianía feliz» del caído en cuenta, el caso de Aldana es mucho más complejo. Es que Labastida ha elegido dialogar con un poeta de claras tendencias místicas, que ha sido leído siempre desde perspectivas espirituales: como un neoplatónico «a lo Ficino», como un lírico metafísico, como un humanista de corte erasmista, como un propulsor del familismo flamenco o bien como un defensor del animismo laico. No nos extrañe que Aldana haya recibido tantos epítetos de corte religioso, pues fue un contemplativo confeso, que incluso estuvo emparentado con fray Pedro de Alcántara, el confesor de santa Teresa. El poeta soldado acusa, por más, las huellas de escritores franciscanos como san Buenaventura, Francisco de Osuna y Bernardino de Laredo. Pese a su inclinación a la afectividad franciscana, que lo hace hablar de «enamoramientos» y «gozos», el Capitán, gran conocedor a su vez de los clásicos, hace gala de un estilo poético mayestático y sobrio. También deja entrever que la suya es una espiritualidad laica, siempre ajena a todo dogmatismo religioso. Esto lo constituye en un poeta para todos los tiempos: muy al gusto, sin duda, de un contemplativo de tendencias liberales como Arias Montano –y de un agnóstico confeso como Jaime Labastida.

Varios estudiosos asumen que Aldana no es tan solo un poeta espiritualizante, sino incluso un contemplativo que aspira a la unión mística con Dios. Hay quien lo lee directamente «como un místico auténtico» (Fernández López 2018: 2-4). El «misticismo» de Aldana

me parece, sin embargo, desiderativo, como el de fray Luis de León, quien, al referirse a los místicos, dejó dicho con desgarradora sinceridad «no soy uno de ellos, con dolor lo confieso»⁵. Estamos lejos de la experiencia mística frutiva y gozosa que celebran san Juan de la Cruz y su hija espiritual santa Teresa. Aun así, hay que admitir que las aspiraciones contemplativas del poeta español, a quien Cervantes consagró como «divino» en *La Galatea*, asombran por su extraña nota de certeza.

Tan cómplice sería Aldana de Arias Montano, su docto destinatario epistolar, que sueña con compartir con él el orbe infinito de la unión con Dios. Ello no nos debe extrañar, ya que Aldana proyectaba retirarse de su activa vida militar para dedicarse a la meditación y el estudio. Ya sabemos que murió antes de conseguirlo, pero Arias Montano sí logró, en cambio, su anhelo. Huyendo de las tensiones de la corte y la academia se alejó del servicio directo a Felipe II y se retiró a la Peña de Alájar en Huelva para hacer una vida consagrada a la sabiduría y al cultivo del espíritu. Justamente lo que hubiera querido hacer Aldana. (¿Acaso, a su vez, Jaime Labastida?)

Como quiera que queramos interpretar la célebre epístola del Capitán Aldana al ilustre bibliista es imposible sustraernos del hecho de que estamos ante un texto rotundamente espiritual que anticipa con júbilo la certeza del regreso al Origen trascendido del cual provenimos, motor del universo creado. Cabe preguntarnos entonces ¿a qué realmente nos convoca el maestro mexicano a la sombra protectora de este poeta regocijadamente devoto que tanto lo *estremece*? Porque lo cierto es que, como bien observa Francisco Alcaraz, los tercetos del maestro español son decisivos en la factura misma de las *Atmósferas, negaciones*: «la recurrente lectura de su *Epístola* se encuentra en la médula de este conjunto de poemas surgidos de una muy varia geografía que el fantasma del soldado Aldana toma por asalto» (Alcaraz 2019: 235). Parecería, de entrada, una contradicción que Labastida, poeta agnóstico como su admirado Chumacero, haya elegido el amparo de un escritor cuasi-místico para sus versos, punteados constante-

⁵ Lo dejó dicho en su *Exposición del Cantar de los Cantares* (Cf. Fray Luis de León 1957).

mente de dudas existenciales muy amargas. Pero ya antes insistí que la poesía es un género polivalente y ambiguo: las simbólicas soledades desérticas que vamos a sorprender en el mexicano se enriquecen a la luz de esta inesperada invocación contemplativa, y adquieren, merced a ella una tensión formidable.

Por el momento, vale insistir en que las dos *Epístolas* invocadas por Labastida nos pautan una dirección obligada: *Hombre adentro*. Aldana anhela el regreso a su «patria verdadera»: «entrarme el secreto de mi pecho / y platicar en él mi interior hombre / dó va, dó está, si vive, o qué se ha hecho». Este verso interiorizante, sobre el que habré de volver, es uno de los estribillos que más reitera el maestro Labastida en el poemario que nos ocupa. «Conócete a ti mismo y conocerás el universo», leemos en el Templo de Apolo en Delfos. *En el interior del hombre habita la verdad*, dijo después san Agustín, a lo que Unamuno ripostó con su famoso ¡*Adentro!* No por otra cosa sonreía el Buda: al abismarse en su mismidad última encontró la iluminación. No hay cultura que no haya hecho suyo el camino *ad intra*. El Capitán Aldana, por su parte, sigue la máxima del franciscano Francisco de Osuna, tan agustiniana: «Busca a Dios en tu corazón y no salgas fuera de ti, porque más cerca está de ti que tú mismo». Jaime Labastida nos convoca a su vez a un viaje interior. Pese a que el regreso al yo íntimo es un reclamo metafísico universal, el maestro mexicano no puede sacudirse del todo de la fuerte impronta espiritual –por más, franciscana– que ha invocado en la *Advertencia* a sus versos al declararse devoto de Aldana. Vayamos pues de su misteriosa mano letrada *hombre adentro*.

Lo primero que salta a la vista en el poemario binario *Atmósferas, negaciones* es la angustia que nos produce su ambiente pétreo, desértico, agreste, inhóspito. Todo tiene un sabor nihilista –de ahí, las «negaciones»– que obligan al perturbado lector a deambular por paisajes huecos con sabor a ceniza. La imaginería desasosegante del maestro Labastida es de las mejor logradas que haya visto en poesía contemporánea: las piedras son aerolitos; la luna es un cardo; los peces se tornan tortugas arrojadas por un *cretácico insomne*; los astros no despiden luz, sino yeso; el corazón surge como un inesperado crustáceo en el costado izquierdo del protagonista poético. La *palabra* misma es

«cactácea impura», con todas las implicaciones espinosas que implica la planta.

El cromatismo presenta a su vez una inquietante turbidez: tanto el graznido de las gaviotas como el crepúsculo son grises —«de un color gris inmaterial, extraño» (p. 587), puntualiza el poeta. El incendio bermejo del crepúsculo «se ilumina con violencia» (p. 587) y más parece sangre que sol en retirada. Incluso el color blanco no delata plenitud cromática, como en san Juan de la Cruz o en Octavio Paz, sino vacío: el protagonista poético siente que se hunde en el «silencio *blanco* del desierto» (p. 575), y hasta el vuelo *blanco* de la lechuza lleva «un quejido que duele y que lastima» (p. 610). El azul gozoso de Mallarmé —*L'Azur, l'Azur, l'Azur!*— que para Victor Hugo, Rubén Darío y sus discípulos constituía el arte mismo —*L'art, c'est l'Azur*— se torna amenazante en los versos del maestro mexicano. Un «aire azul» «acecha, / ronco y desnudo, entre los pinos» (p. 577), y hasta el ciclón inicia «su guerra azul» (p. 582) en medio del mar embravecido.

En esta *atmósfera* siniestra la sensación termal es gélida, pues el polvo es «frío» (p. 593) y el día mismo un «sarcófago» (p. 584) de «cenizas frías» (p. 585). Seguimos caminando por este extraño camino calcinado con el poeta y topamos con «árboles podridos» (p. 605) y «barrancos cortados a tajo» (p. 607). Hollamos colinas sin amparo y damos con piedras pulidas como huesos (p. 580) en un espacio siempre punteado de osamentas, de urnas fúnebres y de tumbas, como propone desde su título mismo el poema «Tumbas» (p. 603-604). ¿Reclamo anhelante de permanencia marmórea, de eternidad? La osamenta representa lo más «inmutable» del cuerpo efímero, pues a veces sobrevive a la carne por milenios, como atestiguan los fósiles, tan caros al poeta. Sólo que, pese a su aparente durabilidad, pertenecen también a este universo material percedero. Parecería entonces que no hay consuelo posible.

No todo es, sin embargo, un páramo polvoriento: en *Atmósferas* también habremos de acompañar los desplazamientos del yo lírico por espacios geográficos exóticos. Visitaremos con él las cataratas de Iguazú, Corea del Norte, Mazatlán, los jardines de Kyoto, la gran muralla china, la Barranca del Cobre, el volcán de Xitle, Morelia, Chapultepec. Serpentearémos por las calles de la metrópolis mexicana y nos

estremeceremos con sus terremotos; volaremos entre los dos Berlínés aun separados por el muro y compartiremos junto al autor la intimidad del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional (¿Madrid, México?). Parecería que estamos ante una «bitácora ocasional de un largo viaje», como propone Francisco Alcaraz (Alcaraz 2019: 236), pero no: la peregrinación no es *ad extra*, sino *ad intra*. «[El yo lírico] va a fondo en las circunstancias de aquellos viajes y observa cómo éstas lo transformaron, cómo se fundieron con su *interior hombre*, verso tomado de Francisco Aldana y que funciona como una especie de *leitmotiv* a lo largo del libro» (Alcaraz 2019: 236-237).

Según el poeta se desplaza por espacios y tiempos distintos, va sometiendo el paisaje a un curioso proceso de vaciamiento que le succiona toda posible belleza. Incluso, obliga a los elementos a traicionar su esencia misma y su conducta esperada: «el sol se niega y no aparece» (p. 595); los «estanques carecen de murmullos» (p. 588), mientras el «cuerpo impuro de la luz» penetra en nuestros pulmones (p. 605). Ni siquiera la contemplación del firmamento, tan consoladora para Boecio, para Ibn Gabirol, para fray Luis y aun para Ernesto Cardenal, tan ducho en astrofísica, alcanza a consolar al protagonista poético. «La noche disemina la luz entre los astros», dice el protagonista poético «tendido cara al cielo» (p. 607), cuando debería ser la luz de los astros la que iluminara la bóveda nocturna. Desdiciendo a Pitágoras, la música de las esferas se le antoja al poeta una «música siniestra de amargas notas musicales» (p. 609). No es de extrañar que nos confiese, dolido: «las estrellas me hieren» (609). El universo escribe «en un lenguaje / impuro de olvido y de tristeza» (p. 608), donde sólo queda incólume la muerte: «la muerte no sucede / jamás, porque siempre está viva» (p. 618).

El lector se pregunta el porqué de esa densidad blanquecina, desértica y amenazante que sabe a osamenta y a vacío⁶. Ya sabemos

⁶ Oigamos al poeta mexicano comentar sobre las metafóricas desolaciones de su coterráneo Alí Chumacero, otro de sus poetas de cabecera: «Si nos detenemos en los títulos de esos libros [los tres poemarios de Chumacero] aparece una imagen, muy dura: *Páramo de sueños*, *Imágenes desterradas* y *Palabras en reposo* nos conducen, todos hacia un sitio emocionalmente evidente: el de la desolación. Páramo es terreno yermo, raso, desabrigado, dice el *Diccionario de la lengua española*. Así pues, la poesía y los sueños de Chumacero ocurren en un terreno donde nada crece porque está desolado [...] las imágenes han sido desterradas, o sea, carecen de tierra y su raíz está seca» (Labastida 2019d: 97).

que estamos hollando con el protagonista poético el paisaje recóndito de su propia interioridad –«buscando asir lo inasidero / lo que dentro de mí resuena», por pedir prestados los versos a Alí Chumacero. El maestro Labastida escarba en su propio ser buscando explicación al horror que lo rodea. Al hacerlo, le da un vuelco dramático al terso *nosce te ipsum*: «¿Podría refugiarme dentro de mi cráneo?». El protagonista poético se hace la inusitada pregunta en «Terremoto» (p. 586), mientras el mundo hostil se le tambalea alrededor. Advirtamos que no se refugia en la *scintilla* inmaterial del alma iluminada, como otrora Aldana y todos los contemplativos interioristas que en el mundo han sido, sino dentro de su «cráneo». En lo más hondo de ese «cráneo en penumbras» (p. 619) –«cueva oscura» (p. 606), «solitario nido» (p. 585)– es que se incrusta y se quiebra, dura, su «queja» (p. 623). El poeta, *animal de silencios*, se pliega dentro de la oquedad oscura de su propia calavera –es decir, dentro de su futura osamenta– intensificando así su rotundo nihilismo existencial. Quien se refugia dentro de la muerte sólo podrá encontrar la muerte.

El protagonista poético asume sin ambages su propia nada. De ahí que haga suya la identidad vacía de un célebre personaje clásico: *Nemo*. *Nemo* es la versión latina del griego *Outis*, es decir, «Nadie» o, quizá mejor, «ningún hombre». Como se sabe, se trata del nombre que asume Ulises en el canto IX de la *Odisea* para escapar de la cueva del cíclope Polifemo. Este moderno *Nemo* poético se declara *humus* –«eres polvo / tan sólo, un polvo triste que se pone / de pie por unas horas y luego cae»– y se conmina a una improbable alegría «las pocas horas que estarás erguido» (pp. 627-628). Hasta el interlocutor del poeta –su lector de turno– también queda victimizado por esa identidad negada:

Buscaría mejor
las cataratas donde pudiera hablar
sin que me escuche Nadie y hasta que sangren
las ideas, interrogar sin prisa el firmamento... (p. 59)

Ninguna persona –es decir, nosotros– escucha al poeta.

La idea de una identidad que se experimenta como *agujero negro* se reitera con ansiedad a lo largo del poemario. De ahí que el prota-

gonista poético siga su deambular por espacios y tiempos inéditos, dudando si los habrá vivido realmente. Y entona las desasosegantes *Negaciones* de la segunda parte del poemario, que culminan las *Atmósferas* pétreas de la primera parte. Los títulos de los poemas que todo lo niegan son elocuentes: «Poema en el que no», «Poema en el que nunca», «Poema en el que nadie», «Poema en el que nada», «Poema en que tal vez», «Poema en el que jamás». *¡Cuánto nunca!*, como dejó dicho José Hierro en un verso formidable.

Los estribillos, de una extraordinaria fuerza poética, delatan a su vez la incertidumbre existencial del escritor, que los va alterando levemente a fin de convocarnos mejor a su duda existencial: «...tal vez, / lo haya soñado. Pudo haber sido así. Sucede.» (p. 613); «Pudo haber sido así. Pudo haber sido / nunca. Quién lo sabrá. Sucede.» (p. 614); «Pudo haber sido así. ¿Sucede?» (p. 615); «¿Lo crees posible? Sí. Alguna vez sucede.» (p. 617); «¿Sucede?» (p. 620); «¿Qué sucede?» (p. 621). Observa Alejandro Higashi que «Estas *Negaciones* no niegan, paradójicamente, los hechos, sino la percepción y consciencia que se tiene de ellos a través del reflejo de la memoria» (Higashi 2019: 187). Lo cierto es que los espacios y los tiempos giran fugaces, desdibujan la realidad del ya borroso *Nemo* y nos subsumen en su propia perplejidad ontológica.

Una invisible cárcel de aire parecería encerrar al protagonista poético: «Siento, / como nunca he sentido, que se levanta / en mi interior una muralla. / Aquí hay una cárcel invisible, / un muro de aire, una condena cierta» (p. 579). Hasta la casa de su infancia carecía de ventanas al exterior (p. 613), y todo se torna barrera constante que acuartela al poeta dentro del *hoyo negro* de su cráneo. Un ángel con espada de fuego le «cierra las puertas» del paraíso perdido (p. 590), mientras el yo lírico continúa clavando sus interrogantes al universo: «¿Qué puerta se abre? [...] ¿Qué habrá, oh dioses, tras la puerta?» (p. 597). Y nadie abre, porque la puerta está hecha de jirones de aire y no tiene llaves (p. 597). Como se sabe, Jano bifronte era el dios tutelar de las puertas, las transiciones y los finales en la mitología romana, pero todos los accesos de este atormentado yo lírico están vedados.

Las sombras lo envuelven: la muchedumbre que lo rodea está *ciega* (p. 578); navajas igualmente *ciegas* le cercenan a sus amigos (p.

595); la música de las esferas es tan sólo el «eco *ciego* de una voz nocturna / que susurra silencio tras silencio» (p. 607). Aquel «ápice del alma» donde santa Teresa encontró la Luz indecible de Dios no es para el protagonista poético otra cosa que un «espejo *ciego*» lleno de preguntas (p. 602).

Lleno «de preguntas». Ya antes hice mía la observación de Mariapia Lamberti: estamos ante el «poeta de las interrogantes» (Lamberti 2019: 1). Parecería que aquí surge el filósofo que hay en Jaime Labastida, que reitera sus preguntas a un universo ciego. La turbulencia de su tormento interior contrasta con su usual recato poético. ¿Estamos ante un grito de angustia, dolorosamente enmudecido, como el de Edvard Munch, que Jaime Labastida clava a lo Alto? Son tantas sus interrogantes, que el poeta que simultáneamente convive con el filósofo estructura muchos de sus poemas a base de preguntas. No falta el socorrido *ubi sunt* de los clásicos:

¿Qué resta
de la tumba de Adriano? [...] ¿En dónde está la urna
funeraria, hecha toda de mármol, eterna
en su esplendor, que guardaría
sus huesos contra la injuria de los hombres? (p. 603)

La retórica literaria interpelante del maestro mexicano privilegia de manera especial una estrofa del Capitán Aldana que ya he tenido oportunidad de citar, en la que desea replegarse en su yo profundo para poder platicar con su «interior hombre, / dó va, dó está, si vive, o qué se ha hecho». Labastida va modulando delicadamente los célebres versos de su mentor poético:

Entonces yo, que aquí agonizo, le pregunto
temeroso al corazón *dó está, dó va,*
si vive o qué se ha hecho y aun hoy
carezco, pese a todo, de respuestas (p. 578).

...Estas piedras te obligan a indagar,
oh peregrino, por ese extraño ser

que te acompaña, y que pregunta
en dónde está tu interior hombre,
dó va, si vive o qué se ha hecho (p. 589).

...¿Habré de guarecerme adentro
de mí mismo? ¿Así sabré por fin *en dónde*
estoy, a dónde voy, si vivo o qué me he hecho? (p. 591).

Palabras que te asaltan en el bosque
y te obligan a entrar en tus entrañas
a indagar sin piedad por tu ser hombre,
dó está, dó va, si vive o qué se ha hecho (p. 599).

Y me pregunto allí *quién soy,*
a dónde voy y qué me he hecho (p. 604).

[...] ¿Está fuera
de órbita aquel mi interior hombre?
¿Podrá saber *dó va, si vive o qué se ha hecho?* (p. 609).

Salta a la vista que las preguntas henchidas de dudas del metafísico Jaime Labastida, contrario a las de su admirado Capitán Aldana, carecen de respuesta. Pero no por eso deja de tocar las invisibles puertas de los dioses sordos, para él «putrefactos» (p. 578) y «moribundos» (p. 579). Es decir, inútiles. Ninguno sacia su sed cósmica: «¿Arriba, ¿pero dónde?, están los dioses / que controlan la vida? En verdad, / me pregunto, ¿habrá algún dios / que gobierne el firmamento?» (p. 607). Resulta conmovedor el ropaje clásico con el que el poeta encubre su perplejidad agnóstica. Sus «dioses» plurales, como los humanísimos dioses clásicos, siempre van aludidos con minúscula, y esa misma minúscula minimizadora y vagamente irónica se aplica a su vez al «dios» singular cuyo control del universo se cuestiona. (Notorio contraste con Aldana, que siempre apostrofa a Dios con la respetuosa mayúscula tradicional.) Para nuestro poeta, en cambio, sólo el Diablo merece esa mayúscula. Claro que la figura luciferina queda citada en el contexto de la famosa «Garganta del Diablo», una de las caídas de agua más

impresionantes de las cataratas de Iguazú (p. 596), pero el contraste habla por sí solo. Como el atormentado emisor de los versos, el Diablo «gime y llora», condenado a un planto que no llega a ningún oído porque lo ensordece el violento despeñamiento de las aguas.

Pero el mensaje profundo del poeta no queda, como podríamos pensar, en una queja cósmica desesperanzada. No: importa tener presente siempre que nos ha conminado a leer sus versos a la luz de los tercetos encadenados del Capitán Aldana. No se trata de un epígrafe cualquiera, ni un lema banal: es un *caveat* solemne. Una *Advertencia*. La tenemos que tomar en cuenta para entender al maestro mexicano en sus propios términos. Ya advertí que cuando leemos los versos de Jaime Labastida en diálogo íntimo con la *Epístola* de Aldana a Arias Montano, sus soledades, dudas y angustias quedan inmediatamente aureoladas de nuevos sentidos ocultos. Son tan significativos que conviene revisarlos detenidamente.

Cumple que vayamos por partes. Ya sabemos que, como nuestro poeta, el neoplatónico español había deseado entrar en el «secreto» de su «pecho» para acercarse así a su «interior hombre» (p. 286⁷). Pero hay más paralelos entre ellos, y todos resultan elocuentes: Aldana representa el espacio recóndito e intangible del ser en el que desea replegarse como un simbólico «alto y solitario nido» (p. 287). Labastida le usurpa la imagen y aun el verso, que coloca, como acostumbra, en bastardillas: «¿He de apartarme para buscar un *solitario / nido* en donde pueda, en diálogo / sereno con la muerte, esclarecer / mis dudas?» (p. 585). Para más correspondencia, el poeta español, que declara estar aun «ciego» al principio de su camino espiritual, admite que persigue su meta última con «ciega porfía» (p. 286). Labastida ha heredado también esa «ceguera», a la que ya vimos alude una y otra vez. Su «nido» interior también es, por cierto, un «espejo ciego» (p. 622). Llueven pues los homenajes del mexicano a su modelo literario renacentista. Pero son homenajes ambiguos, que encubren una afinidad secreta aun más honda por parte del poeta mexicano a su admirado Capitán.

⁷ Advierto que siempre cito la *Epístola a Benito Arias Montano* de Aldana por la edición de José Manuel Blecua (vol. I, 1984), indicando tan sólo la página.

El yo lírico de Aldana reconoce la vulnerabilidad con la que inicia su camino contemplativo: «yo soy un hombre desvalido y solo» (p. 287). Difícil pensar que esa aseveración lastimada no encontrara eco en el poemario dolido que nos ocupa. Pero muy pronto los caminos de ambos poetas se comienzan a bifurcar, pues el español, pese a que se sabe hundido en un «cavernoso y vacilante cuerpo» (p. 288), vuelve sin embargo su «réplica de amores /al sobrecelestial Narciso amante»: a Dios. A un Dios invariablemente apostrofado con ternura y con mayúsculas, pues estamos –ya lo dejé dicho– en medio de un poema contemplativo cuyo título oficial es «Epístola a Benito Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos de ella». Ya sabemos que el poeta-soldado, que muere en la batalla de Alcazarquivir con el rey don Sebastián de Portugal, deseaba retirarse para vivir una vida recogida de intensa exploración espiritual, y de este proyecto, que habría de quedar trunco, es que trata precisamente su carta lírica a Arias Montano. Pero vale que *entremos más adentro en la espesura* contemplativa de Aldana, porque constituye, como dejé dicho, la contrapartida de las soledades desérticas del filósofo mexicano.

Ya sabemos que el «misticismo» de Aldana parecería ser más desiderativo que experiencial. A despecho de ello, hay que admitir que las descripciones que el poeta hace de la *patria verdadera* trascendente a la que pugna por regresar son en extremo sugestivas. A esta patria trascendida dedicó muchos versos al margen de la *Epístola* que nos ocupa: basta evocar su estremecido poema «Al cielo», en el que apostrofa ese espacio anhelado como «patrio cielo» y «patria amada». Jaime Labastida secunda a su mentor preguntándose, aunque no ya con anhelo soleado, sino con angustioso apremio: «¿En dónde está *mi patria verdadera?*» (p. 585). Pero la meta de ambos líricos, el español y el mexicano, es, sorprendentemente, la misma. El regreso al Origen.

Aldana imagina que recibirá ayuda del cielo para subir la «escala de Jacob» y alcanzar su meta celeste: «...no dudo que encontraremos / favor de más de un ángel diligente / con quien alegre tránsito llevemos» (p. 4). Con ello, el Capitán corrige de un plumazo el pesimismo de los poetas hispanohebreos que precedieron a fray Luis, y aun de los antiguos *Hejalot*, en los que el protagonista poético veía cómo, a cada paso de su ascensión contemplativa, había ángeles siniestros

que le impedían el paso. Los «ángeles» de Labastida son igualmente atemorizantes: «Todo lo niega un ángel implacable», que para colmo, advierte al protagonista poético que es tan solo un polvo triste que se pone de pie por unas horas antes de caer de nuevo (p. 627).

El camino espiritual del neoplatónico Aldana se torna cada vez más luminoso a medida que avanza su *Epístola*. Su interlocutor Arias Montano habrá reconocido de inmediato que se trata de un «esférico camino» (p. 3) de regreso al origen primero: una vez concluido, el alma quedará «en su primera causa transformada» (p. 3). El soldado contemplativo anticipa que se encontrará «desde Dios para Dios yendo y viniendo» (p. 288). No es realmente que el alma del protagonista poético ya haya quedado «endiosada», como proponía intrépidamente san Juan, es su *pensamiento* –encaminado a Dios– el que irá discurriendo sobre los misterios últimos de la Divinidad, anegado ya en la «divina fuente» Eterna (p. 290). Advirtamos una vez más que la ascensión del siempre racional Aldana al «punto eterno» último (p. 290) donde todo el universo confluye gozoso, es desiderativo. Coincide en esto con fray Luis, quien, heredero de los nostálgicos poetas hebraicoespañoles, se preguntaba «¿Cuándo será que pueda, Felipe...?». Los verbos del poeta militar apuntan a un futuro trascendido que aún no se ha alcanzado: cuando al fin lo logre, su alma «pasará de vuelo», «allá verná», «Serále allí quietud». Ya con esto nos vamos acercando a Labastida, que parecería compartir secretamente el mismo anhelo del contemplativo español que viene siguiendo tan de cerca: encontrar al fin el motor último de un universo «puro y sin defeto». El poeta español lo da por sentado; el poeta mexicano lo exige, a despecho de sus dudas.

Alejandro Higashi cree encontrar aun otros paralelos entre la vía de ascesis de Aldana y el proceso de interiorización de Labastida. Para poder replegarse en su ser recóndito el contemplativo debe someter los sentidos a un proceso de purificación:

En [la *Epístola a Benito Arias Montano* de Francisco de Aldana], como en *Atmósferas, negaciones*, hay una insondable afirmación de lo humano a través de la introspección, pero también de la purgación del mundo sensible. En Aldana, la cancelación de los cinco sentidos es el requisito indispensa-

ble para llegar al *hombre adentro*, al *interior hombre*. Las negaciones, para Labastida, expresan la vacilación continua ante la memoria personal y, en última instancia, ante la identidad del sujeto fundada en esa memoria. Los espacios y los tiempos son fugaces; por ello, el poeta duda y recuerda en la misma proporción. (Higashi 2019: 188)

Entonces, para Higashi, hay en el poemario de Labastida una insinuación oblicua de «vía ascética», pues la obnubilación del mundo material, que se le volatiliza una y otra vez, se confunde con la memoria de lo vivido. Esta «escondida senda» constituye una pista muy sugestiva, fuera o no nuestro poeta consciente de ello.

Veamos otras. Para hacer un mapa sinóptico de su anhelada vía de introspección espiritual, Aldana se sirve de una geometría mística muy próxima a la del Pseudo Dionisio Areopagita y grata también, por cierto, a nuestro contemporáneo Borges⁸. Arias Montano, clasicista y orientalista a quien la antigua sabiduría hermética tampoco se le ocultaba, tuvo que haber entendido bien a su amigo poeta. Tan cómplice sería el poeta y militar de su docto destinatario, que sueña con compartir con él el orbe infinito de la contemplación de Dios⁹. Pero corrían *tiempos recios* y, para evitar caer en el panteísmo, Aldana alude oportunamente al misterio de la Encarnación. No deja de ser curiosa su curiosa alusión a la Virgen como «hermosísima judía» (p. 6), descripción aventurada que tampoco le parecería desapercibida al gran hebraísta. El Capitán hacía una defensa velada de la raza judía a través del argumento incontestable, pero muy peligroso en la época,

⁸ Hijo de la filosofía clásica, Labastida tampoco está ajeno a estos círculos cósmicos o cosmológicos, claro que *more laico*, si tenemos presente su formidable libro de 2012 *En el centro del año*, en el que canta a los solsticios y a los equinoccios. Pero importa tener en cuenta aquí –sobre todo– a Humboldt, autor del *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, que viene a coincidir de cerca con los intereses de Labastida. Y, por cierto, también con los intereses de Gabriel García Márquez, que homenajea al célebre científico prusiano en sus *Cien años de soledad*. Los códices de Melquiades aluden precisamente a su obra científica, y cuando logran ser descifrados nos apercibimos «del insistente martilleo de la palabra equinoccio, equinoccio, equinoccio, y el nombre de Alexander Von Humboldt». (Cf. en este sentido Raymond E. William 2010, pp. 64-77.) Pienso que la impronta de Humboldt en la literatura hispanoamericana es tema que merece aún más estudio.

⁹ Una vez más, salta a la vista que no estamos ante la experiencia teopática, pues la unión con el Infinito, por definición, es imposible de compartir con otro.

de que Jesús y su familia inmediata eran todos *ex illis*. Hay un aroma hebraico y veterotestamentario en Aldana que consueña de cerca con el de su antecesor fray Luis de León.

Pero la complicidad entre Aldana y el «dotísimo» Montano (p. 9) es aún más estrecha: recordemos que el poeta le habla a un amigo que conoce muy de cerca. Así, vemos cómo lo convoca al disfrute de la creación, que observará, ya alcanzada la «gran cumbre» contemplativa (p. 10), a una nueva luz enaltecida y regocijada. Vale recordar que estamos ante la celebración de los frutos del «Intelecto» iluminado por Dios. Poetas hebraicoespañoles como Ibn Gabirol, Yehudá Ha-Leví e Ishaq Ibn Gayyat¹⁰ se insertan dentro de esta tradición contemplativa que sugería que, una vez en el seno divinal, habríamos de conocer al fin los arcanos del universo y sus causas naturales. Estos antiguos poetas anticipan la búsqueda de la sabiduría trascendente (más que del amor) que, andando los años, habría de caracterizar también la lírica de fray Luis de León. Aldana parece seguir de cerca la retórica sapiencial de algunos poemas claves de su ilustre antecesor, como la «Oda a Felipe Ruiz». Vale recordar que el profesor salmantino era un hebraísta judeoconverso que tenía noticia de estas antiguas tradiciones contemplativas, marcadamente intelectuales. No le serían desconocidas tampoco a Arias Montano, célebre por su solvencia en la cultura religiosa hebrea y en las lenguas semíticas.

Desde la «alta, áspera roca» de esa cumbre que Aldana anhela compartir con su interlocutor, los dos amigos, cual almas gemelas, observarán los misterios del universo redimido –y explicitado– en Dios. ¿Hace Aldana una alusión velada a la roca de Aracena, es decir, a la peña de la finca de Arias Montano, en cuya ermita el humanista se retira?¹¹ Podría tratarse de un guiño poético para su amigo, pero es que la alusión literaria a esta «roca» resulta aun más sugestiva, pues en el Antiguo testamento el símil recurrente de la «roca» siempre hace referencia a la Divinidad. La equivalencia estaba lexicalizada: «¿Y quién es Roca, sino sólo nuestro Dios?», pregunta el Salmo

¹⁰ Cf. Millás Vallicrosa, 1947.

¹¹ Cf. el importante estudio de Sylvaine Hänsel (1999) sobre las pertenencias personales y propiedades inmuebles de Arias Montano.

18:31; mientras que Habacuc 1:12 interpela al Creador directamente como «tú, oh Roca». Otro tanto sucede en la lírica sagrada hispanohebrea, donde invariablemente hay que interpretar la alusión a la «Roca» como «Dios». Pues bien, subidos a esta altura divinal *pétreo* los amigos contemplativos comprenderán los arcanos que encierran los valles húmedos, las aguas despeñadas y las «flores esmaltadas» (p. 296), cuyo brillo por cierto Aldana toma prestado a san Juan de la Cruz. Discurrirán también sobre las maravillas del mar, pero no sólo lograrán comprender sus «salados *abismos*» (p. 297), sino que se detendrán, privilegiándolas, en las playas cuajadas de conchas y caracolas. Esto último resulta muy significativo, ya que Aldana sabría muy bien que su amigo Arias Montano era, además de teólogo, traductor de las Escrituras, humanista, poeta y políglota, un esmerado estudioso de la historia natural. (El dato no le habrá pasado desapercibido a Labastida, gran admirador de Humboldt, hombre a su vez de sabiduría totalizadora y de espiritualidad libérrima, cuya gesta innovadora en geología, geografía, botánica, zoología, mineralogía y astronomía es de todos conocida¹².) En su *Naturae Historia* (1594), donde Arias Montano hace gala de sus saberes como geólogo, biólogo y botánico, el sabio extremeño interrelaciona las formas vivas de la naturaleza y la Biblia y logra innovar la biología de la época, ya que se aparta de la antigua clasificación bíblica de los animales en acuáticos, volátiles y terrestres cuando añade diferenciaciones morfológicas más complejas¹³. Arias Montano privilegia las formas de los animales acuáticos, y estudia con especial interés sus esqueletos y sus fósiles. No me cabe duda que Aldana homenajea al ilustre amigo con pleno conocimiento de causa cuando lo imagina discurriendo sobre los «mil retorcidos caracoles» y «los mil bucios istriados» (p. 296), de color coral o bien irisados de «oro y de turquesa». Los amigos se asombrarán juntos del prodigio de estos coloridos caracoles marinos, que arrastran la pesada concha, peñascosa y dura, pese a no tener «nervio ni hueso» (p. 297).

¹² Jaime Labastida ha escrito extensamente sobre su admirado Alejandro de Humboldt, que visitó México (Nueva España) entre 1803 y 1804. (Cf. Labastida 2019f y 2016.)

¹³ Cf. Francisco Teixidó, «Biólogos españoles», por Francisco Teixidó—<http://www.citologica.org/fteixido/default.asp?Id=101&Fd=2>.

Verán asimismo el nácar, la «purpuria veneria» y las demás almejas escondidas en los «marinos riscos cavernosos» (p. 296)¹⁴. Todas estas maravillas serán observadas, ya lo sabemos, desde una «alta, áspera roca» (p. 294): otra vez insiste el poeta en las durezas peñascosas para aludir a la Divinidad. *Mutatis mutandis*, estas asperezas consueñan con las piedras, los crustáceos, las hosquedades desérticas, las rocas calcinadas, las osamentas y el duro cráneo del poeta mexicano que tan de cerca viene leyendo al capitán Aldana.

La atmósfera pétreo y los fósiles del poemario de Labastida nos habían dejado –ya lo vimos– un sabor a desesperanza en la boca. El protagonista poético, perdido entre los espacios calcinados, incluso intenta descifrar el mensaje oculto de las rocas simbólicas que puntean su *hombre interior*. Pero la tarea le resulta ímproba: «Apenas reconozco signos inciertos / en las rocas» (p. 573). Pero es que nuestro poeta –lo sabemos bien– dialoga con Aldana y con su naturaleza pedregosa punteada, como la suya propia, de fósiles, crustáceos, duras caracolas y rocas empinadas. Solo que en la *Epístola a Arias Montano* estos elementos de dureza impenetrable han devenido celestes porque el protagonista poético los observa embelesado desde la cumbre de la contemplación que comparte con su amigo geólogo, igualmente ávido de comprender los arcanos de la creación desde una óptica divinal esclarecedora.

El nihilismo desértico del poeta mexicano no se queda pues en el plano unidimensional del nihilismo y la tristeza, pues está bajo el amparo tutelar del vate español y de su universo redimido en hermosura. Ya he apuntado a la riquísima tradición bíblica y hebraicoespañola en la que se inserta Aldana, donde lo pétreo --en especial, aquellas rocas que intentaba inútilmente descifrar Labastida-- se asocian automáticamente a Dios, la Roca última. Surge entonces el prodigio: los versos agnósticos de nuestro poeta, leídos a la luz de los tercetos contemplativos del capitán Aldana, cambian de signo. Este singular padrino literario da una súbita vuelta de caleidoscopio al poemario *Atmós-*

¹⁴ Me llama la atención que Humboldt se interesara de manera especial en los bivalvos (las almejas, conchas, ostras, etc.) inclinación que lo acerca al estudioso Arias Montano. Quizá el dato no le pasaría inadvertido a Jaime Labastida.

feras, negaciones, que queda, bajo su advocación, maravillosamente ambiguado, como sucede con toda gran poesía. El lector se tiene que preguntar entonces ¿estamos ante la duda metafísica o ante una pulsión desiderativa de redención espiritual? ¿Ante una aseveración nihilista o ante una inconfesada plegaria *à l'envers*? O acaso, más emocionante aún, ¿estamos ante la confluencia de todos estos postulados metafísicos, claramente opuestos? Aquí es de propósito traer a colación la sabiduría teórica de Octavio Paz, que propone cómo el hecho poético logra precisamente «lo que parece ser una imposibilidad lógica tanto como lingüística: las nupcias de los contrarios. [...] la pluralidad de lo real se manifiesta o expresa como unidad última, sin que cada elemento pierda su singularidad esencial. Las plumas son piedras, sin dejar de ser plumas. [...] El decir poético dice lo indecible» (Paz 1970: 111-112). Y *Atmósferas, negaciones* nos dice, en efecto, lo indecible. Retrata con pincel maestro la gran paradoja que es el alma humana. Sobre todo cuando la hollamos muy *hombre adentro*.

Este proceso de extraordinario ensanchamiento del mensaje poético del poemario que nos ocupa surge precisamente de la *Advertencia* del propio autor, que nos ha conminado desde el principio a leer sus versos en diálogo con su admirado Aldana. Conmueve saber que las «negaciones» de Jaime Labastida, tan proclives al *omnibus dubitandum*, también son capaces de estallar en luz. Es que estaban todo el tiempo grávidas de luz.

«Oficio de escritor profeso y hago», afirma, con pulsión identitaria, Labastida, a lo largo de su poemario (pp. 573, 577 y 600), permitiéndose alguna variante dolida como la de «oficio de escritor *padezco* y hago» (p. 594)¹⁵. Pero, ¿qué es esto? El maestro mexicano tergiversa aquí el verso de su mentor Aldana, quien, hombre de armas al fin, lo que había puntualizado era un rotundo «Oficio *militar* profeso y hago» (p. 1). No pensemos que es casual que nuestro poeta le enmiende la plana, porque suele ser un escritor disciplinado, que siempre intenta dominar la intención de su escritura. Esta autoproclamada voca-

¹⁵ Estudiosos como Jorge Ruiz Dueñas (2019: 189) reconocen enseguida el verso en bastardillas como propio del Capitán Aldana, pero salta a la vista que Labastida lo ha trastocado de manera contundente.

ción escrituraria cuaja incluso en un poema de propósito, a manera de oda, dedicado justamente a las «Palabras». Allí Labastida carga la mano sobre la importancia ontológica del lenguaje, y sospecha que él mismo podría estar constituido de «luz y de palabras» (p. 598). No pasemos por alto la particular morada que el poeta asigna a estas palabras *iluminadas*: éstas *anidan* (p. 598) en el *nido* de su cerebro. Habitan pues su mismidad última, que reside, como en el caso del contemplativo Aldana, en el simbólico *locus* de un *nido*. En lo más hondo del ser somos *palabra*. Ha hablado no sólo el escritor, sino el metafísico. O, acaso, los dos a la vez.

Jaime Labastida había insistido en este rol enaltecedor del lenguaje en su *Discurso de ingreso a la Academia Mexicana*: «Somos letra, escritura, herramienta que escribe» (Labastida 2019b: 46). Y es precisamente con esas *palabras* que el maestro, escritor *profeso*, interroga al universo. Y sospecha, con un juego conceptista muy al gusto aureosecular, que lo que en él pueda haber de eterno ha de residir en esas mismas palabras con la que nos aborda: «¿Qué dura? ¿La palabra? / ¡qué dura la palabra! Sí, algo de la palabra / dura entre las hojas, secas, de los libros» (p. 600). Lo más duradero de la esencia humana es pues la palabra. Durará más que las osamentas y los desiertos calcinados y las dudas metódicas.

La *palabra* no sólo nos define y nos torna duraderos: en el silencio perfecto de la negra oquedad del *nido* simbólico que constituye la interioridad del ser, allí donde habita el verbo, es que nace la poesía. Labastida también reflexiona sobre ello en otra de sus *Advertencias*, esta vez, al conjunto antológico de sus versos reunidos, titulada precisamente *Animal de silencios (1958-2018)*. Solo en ese silencio abismal de las profundidades psíquicas es que «se funden la vida y la muerte» (p. 9). Tengamos presente que seguimos leyendo las íntimas «urnas del instante»¹⁶ de Labastida a la sombra protectora de Aldana. Hemos logrado hollar el milagroso espacio interior donde la oscuridad

¹⁶ Me sirvo de la reflexión de Adolfo Castañón en torno a la escritura de Octavio Paz: «Octavio Paz, modelo y antimodelo de la cultura mexicana y de Jaime Labastida —era dado a reescribir sus poemas, a los que concebía como una suerte de “diario interior”. En esa reescritura plantea, por cierto, no pocos problemas críticos, filológicos y filosóficos, a la hora de valorar esas “urnas del instante” que aspirarían a ser los poemas». (Castañón 2019b: 207)

confluye con la luz, donde la duda coexiste con la certeza; donde los desiertos pétreos nos extravían pero a la vez nos protegen porque han devenido sagrados. Es allí, *en el secreto [del] pecho*, donde la palabra que *somos* se resuelve en poesía.

Habíamos dicho al principio de estas páginas que estábamos, como propuso Vicente Quirarte, ante un escritor de *dos alas*: la poesía y la filosofía. Cuando Labastida prestigia, dando un vuelco deliberado a Aldana, su identidad como escritor, ¿podemos pensar que el poeta le ha ganado la partida al filósofo? No: antes pienso que el poeta ha potenciado al filósofo que hay en Jaime Labastida. Gracias precisamente a la alquimia, siempre mágica, de la poesía –aquella «samaritana de luz en el sendero» que diría Enrique González Martínez¹⁷–, el filósofo escéptico puede hablar a dos voces a la vez porque se ha trocado frente a nuestros ojos en un poeta de sobretonos metafísicos esperanzados. Al tomar en cuenta la *Advertencia* del maestro mexicano y leer sus versos al calor de la *Epístola* de Aldana, he aquí que éstos centellean, como adelanté, con anhelos inconfesados de plenitud eterna. No exagero, porque el mismísimo maestro lo había intuido a su vez con claridad: «el verdadero poeta trabaja, al igual que el filósofo que soñaba ser Baruch de Spinoza, bajo cierta especie de eternidad» (Labastida 2019c: 46). *Sub specie aeternitatis*. Así nos pide pues el poeta-filósofo que leamos sus versos metafísicos.

Cumple que reflexionemos, por último, sobre un homenaje adicional que hace Jaime Labastida a su paradigmático Capitán Aldana. El vate español escribió una epístola poética a su *alter-ego*, el sabio Arias Montano, con quien soñaba compartir la contemplación del empíreo. No duda incluso en servirse de pseudónimos pastoriles al gusto clásico –«Montano y Aldino»– para destacar la hondura de aquella *amicitia cómplice*. ¿Y a quién se dirige Labastida en su larga confesión poética, nihilista y *a la vez* sedienta de Absoluto? El maestro mexicano ha discurrido, una vez más, sobre este extremo: «Escribimos para otro, es cierto, pero, ¿quién es el otro para el que escribimos? ¿Nosotros mismos? [...] “Toda palabra, lo sepamos o no, está dirigida a alguien”,

¹⁷ La cita la hace Labastida en su citado *Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua Española* (Labastida 2019b: 6).

dijo Maurice Merleau-Ponty» (Labastida 2019c: 46). Al hablar, desdoblado, consigo mismo, es obvio que Labastida dialoga también con Francisco de Aldana y con la larga lista de escritores y de filósofos que potencian su canto, desde los clásicos hasta los contemporáneos. Pero habla, sobre todo, con su lector. «La poesía señala, pero también revela» (Labastida 2019c: 46), y para poder *revelarse* en todo su esplendor, para echarse a bailar y abrazar los contrarios sin aniquilarlos, para mostrar todas sus entrañas, como un fruto maduro o un cohete al momento de estallar en el cielo –evoco de nuevo a Octavio Paz¹⁸– necesita ser leída. Ser leída con el conocimiento de causa y la complicidad con la que Arias Montano tuvo que haber leído a su amigo Francisco de Aldana.

Como lectora devota, doy por recibida la espléndida *epístola* confesional de Jaime Labastida. Y me permito otra *Advertencia*, esta vez mía: el autor de *Atmósferas, negaciones* es un enorme poeta.

OBRAS CITADAS

- Aldana, Francisco de (1984). *Epístola a Benito Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos de ella*. En: José Manuel Blecua, ed., *Poesía de la edad de Oro*. Vol I: *Renacimiento*. Madrid: Castalia, pp. 286-298.
- Alcaraz, Francisco (2019). «Jaime Labastida: 60 años de poesía». *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 231-236.
- Blecua, José Manuel (1984). *Poesía de la Edad de Oro* (dos vols.) Madrid: Castalia.
- Castañón, Adolfo, coord. (2019). Revista *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón.

¹⁸ Cito una vez más el *Arco y la lira* (Paz 1970).

- Castañón, Adolfo (2019a). «Presentación» del número 53 de *Anthropós* dedicado a Jaime Labastida. Octubre-noviembre 2019, pp. 7-8.
- Castañón, Adolfo (2019b). «El amor, el sueño y la muerte en la poesía de Jaime Labastida». En: Revista *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 205-212.
- Chumacero, Ali (2019). *Miro nacer la tempestad. Archivo genético de "Responso del peregrino". Esbozos, manuscrito, mecanogramas y primera edición*. Agustín Herrera y Jaime Labastida, eds. (Asesoría, María Chumacero; Clasificación de archivo, Alejandro Higashi; textos, Jaime Labastida, Vicente Quirarte y Felipe Garrido.) México, D.F.: Academia Mexicana de la Lengua.
- Fernández López, Sergio (2018). «Poesía y espiritualidad en Francisco de Aldana. A vueltas con la *Carta a Arias Montano* y más versos sacros». *Studia aurea: revista de literatura española y teoría literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, [en línea], 2018, Vol. 2, pp. 67-87;
<https://www.raco.cat/index.php/StudiaAurea/article/view/v12-fernandez> [Consulta: 1-05-2020].
- Hänsel, Sylvaine (1999). *Benito Arias Montano (1527-1598). Humanismo y arte en España*. (Daniel Romero Álvarez y Jesús Espino Nuño, trads.) Huelva: Editora Regional de Extremadura/ Diputación Provincial de Huelva/Universidad de Huelva. (books.google.com.pr)
- Higashi, Alejandro (2019). «Jaime Labastida, *Atmósferas, negaciones*». *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 183-188.
- Labastida, Jaime (2019). *Pensamiento en acción. Cómo la filosofía sirve para comprender los grandes temas de la cultura*. México: Siglo XXI.
- Labastida, Jaime (2019a). *Animal de silencios*. Sinaloa: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Labastida, Jaime (2019b). «Filosofía y poesía. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. 2 de abril de 1998». *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253,

- dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 39-48.
- Labastida, Jaime (2019c). «Lección de poesía». *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 49-96.
- Labastida, Jaime (2019d). «Espejo de palabras». En: *Alí Chumacero. Miro nacer la tempestad. Archivo genético de "Responso del peregrino". Esbozos, manuscrito, mecanogramas y primera edición.* Agustín Herrera y Jaime Labastida, eds. México: Academia Mexicana de la Lengua, pp. 97-101.
- Labastida, Jaime (2019e). «Se puede gozar de la poesía, que es a lo que incito en este libro». *Excelsior*, 8 de marzo de 2019. (<https://www.excelsior.com.mx/expresiones/se-puede-gozar-de-la-poesia-que-es-a-lo-que-incito-en-este-libro-jaime-labastida/1328231>).
- Labastida, Jaime (2019f). «Humboldt, ese desconocido». En: *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 123-135.
- Labastida, Jaime (2017). *Atmósferas, negaciones*. Universidad Autónoma de Sinaloa, México.
- Labastida, Jaime (2016). *Humboldt: ciudadano universal*. México: Siglo XXI.
- Labastida, Jaime (2012). «Jaime Labastida comparte 'el inútil, pero hermoso y terrible anhelo de vivir'». *La Jornada (Cultura)*, jueves 16 de agosto, 2012. (<https://www.jornada.com.mx/2012/08/16/cultura/a06n1cul>)
- Lamberti, Mariapia (2019). «Jaime Labastida: el poeta de las interrogantes». Ponencia leída en el Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas celebrado en Jerusalén en 2019. (Cito por la versión inédita que la autora ha tenido la generosidad de compartir conmigo.)

- León, Fray Luis de (1957). *Exposición del Cantar de los cantares*. En: *Obras completas castellanas de Fray Luis de León*, vol. 2; Félix García, O.S.A., prólogos y notas. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, pp. 70-210.
- Millás Vallicrosa, José María (1948). *Poesía sagrada hebraicoespañola*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Paz, Octavio (1970). *El arco y la lira*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Prunes, Natalia (2019). Entrevista: «Jaime Labastida Ochoa, filósofo y poeta universal». *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 171-182.
- Quirarte, Vicente (2019). «Prólogo a 'Lección de poesía'» de Jaime Labastida. *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 199-204.
- Ruiz Dueñas, Jorge (2019). «Al Dr. Jaime Labastida Ochoa en su octogésimo aniversario». En *Anthropós. Cuadernos de Cultura Clásica y Conocimiento*, núm. 253, dedicado a Jaime Labastida (octubre-diciembre 2019). Número coordinado por Adolfo Castañón, pp. 189-198.
- Teixidó, Francisco (2009). «Biólogos españoles»: <http://www.citologica.org/fteixido/default.asp?Id=101&Fd=2>
- Williams, Raymond L. (2010). "An Eco-Critical Study of *One Hundred Years of Solitude*". En: Philip Swanson, ed., *The Cambridge Companion to Gabriel García Márquez*. Cambridge: Cambridge University Press.